

*de la desobediencia civil*, publicado por primera vez en 1849 con el título *Resistencia al gobierno civil*, es una de las piezas más densas de pensamiento que se hayan impreso sobre este tema y la confesión de un hombre verdaderamente libre a quien la tradición no podía turbar el sentido viviente de la realidad. Lo mismo que Garrison, reconoció Thoreau los efectos funestos de una tradición muerta cuando se convierte en dogma rígido, incapaz de dar a los hombres nuevos estímulos para una ulterior acción creadora. Como pensador agudo, tuvo clara conciencia de que el mayor peligro de la época no estaba en las aspiraciones de poder de los contemporáneos, sino en las prescripciones e instituciones que nos han dejado las generaciones pasadas, que la veneración de los vivientes no se atreve a tocar. Esa dominación muda de los muertos sobre los vivos es, según Thoreau, la gran tragedia en que son sacrificados presente y porvenir y en que la convicción se convierte en una mera confesión de labios afuera.

*“La mayoría de los hombres sirve al Estado así, no como seres humanos principalmente, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente, la milicia, los carceleros, la policía, los posse comitatus<sup>(4)</sup>, etc. En la mayoría de los casos se excluye el ejercicio libre del juicio o del sentido moral y los seres humanos se colocan por sí mis-*

---

(4) Especie de somatén, fuerza cívica de voluntarios convocada en casos de rebelión, disturbios, etc. — *N. del T.*

*mos al nivel de la madera, de la tierra y de la piedra; y podrán producir hombres de palo tal vez algún día para llenar ese cometido tan bien como los de carne y hueso. No exigen más respeto que los hombres de paja o un terrón cualquiera de la calle. Tienen el mismo valor que los caballos y los perros. Sin embargo, son comunmente estimados como buenos ciudadanos. Otros —como la mayoría de los legisladores, de los políticos, de los jurisconsultos, de los ministros y funcionarios— sirven al Estado principalmente con sus cabezas; y como raramente hacen algunas distinciones morales, son tan apropiados para servir al Diablo, sin propónérsele, como a Dios. Unos cuantos, muy pocos, tales como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en el gran sentido, y los hombres, sirven al Estado también con su conciencia; y son generalmente tratados por él como enemigos. Un sabio solo será útil como hombre, y no se someterá a ser “arcilla” y “a cerrar un agujero para alejar el viento”, sino que dejará esa tarea a su polvo al menos:*

*“He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control, o para ser servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo”.*

Lo mismo que Paine, Jefferson y muchos otros, reconoció también Thoreau que la agrupación volun-

taria de los hombres en torno a las necesidades de la vida cotidiana es el fundamento de toda cultura social, que solo puede ser conmovido por la intervención de los poderes políticos, con su visión permanente de los intereses particulares de las minorías privilegiadas. De ahí sus palabras:

*“Reconozco de todo corazón el lema: El mejor gobierno es el que gobierna menos; y solo desearía verle obrar rápida y sistemáticamente en ese sentido. Llevado a la práctica, ese principio conduce a otro en el que también creo: el mejor gobierno es el que no gobierna en modo alguno; y si los hombres están preparados para ello, esa será la forma de gobierno que tendrán. El gobierno es, en el mejor caso, solo una conveniencia; pero la mayoría de los gobiernos son habitualmente, y todos los gobiernos lo son algunas veces, inconvenientes”.*

El impulso indomable de Thoreau hacia la libertad, su sentido de la independencia intelectual y de la formación espiritual de la vida, están estrechamente ligada a su filosofía panteísta de la naturaleza, que encontró una expresión tan honda en *Walden* y en otros numerosos ensayos suyos, que en su sencilla belleza recuerdan a menudo el *Himno a la naturaleza* de Goethe. El que sintió en lo más profundo el eterno ir y venir de todos los fenómenos de la vida, y que supo absorber las notas más preciosas de la infinita diversidad de la existencia, no podía menos de considerar

como piedra de escándalo la estrechez de las regulaciones políticas, en la cual debía estrellarse toda grandeza real y en la que la suave mediocridad habría de tejer sus redes. Ha dado una expresión incomparable a este sentimiento en su brillante ensayo *Vida sin principio*, que pertenece a lo mejor que se haya escrito jamás.

*“Si he de ser vía de paso, prefiero que sea de los arroyos montañosos, de las corrientes parnasianas, y no de los desagües de las ciudades. Allí hay inspiración, ese rumor que llega al oído del espíritu atento desde las cortes celestiales. Aquí hay revelación profana y banal de la taberna y del tribunal policial. El mismo oído está acondicionado para recibir ambas comunicaciones. Solamente el carácter del oyente determina a cuál debe estar abierto y a cuál ha de estar cerrado. Creo que el espíritu puede ser permanentemente profanado por el hábito de escuchar las cosas triviales, de tal manera que todos nuestros pensamientos aparezcan como manchados de trivialidad. Nuestro verdadero intelecto será macadamizado — sus conocimientos rotos en fragmentos por las ruedas que pasan por él; y si queréis saber qué es lo que forma el pavimento más durable, superior a los cantos rodados raros, a los bloques bien ajustados y al asfalto, solo tendréis que mirar en algunos de nuestros espíritus que han sido sometidos tanto tiempo a ese tratamiento”.*

Lo mismo que para Ibsen, el concepto de la libertad no tenía tampoco para Thoreau una significación puramente política. Incluso la mejor Constitución no puede asegurar a un hombre la libertad si no es para él en acontecimiento interno y si no es confirmada en todo momento por su acción. Nos enorgullecemos demasiado a menudo de las envolturas muertas y olvidamos con ello el verdadero germen de la vida.

*“Se ha dicho que América ha de ser la arena en que se librará la batalla de la libertad; pero seguramente no se trata de la libertad en un sentido meramente político. Incluso si convenimos que el americano se ha librado de un tirano político, es todavía esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república —la res pública— ha sido establecida, es hora de preocuparnos de la res privada —la condición privada— para que, como encargaba el senado romano a sus cónsules, ne quid res-privata detrimenti caperet, la condición privada no reciba daño. ¿Llamámos a este país el país de los libres? ¿Qué quiere decir libres del rey Jorge y continuar siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué quiere decir nacer libre y no vivir libre? ¿Qué significa el valor de una libertad política que no es un medio para la libertad moral? ¿Es una libertad de ser esclavos o una libertad de ser libres la que deseamos? Somos una nación de políticos, interesados sola-*

*mente en las defensas extremas de la libertad. Serán los hijos de nuestros hijos los que quizás lleguen a ser completamente libres. Nos tarifamos a nosotros mismos injustamente. Hay una parte de nosotros que no está representada. Hay una tasación sin representación nuestra. Alojamos tropas, alojamos locos y ganado de toda especie a nuestro cargo. Alojamos nuestros grandes cuerpos en nuestras pobres almas, hasta que los primeros devoran toda substancia de las últimas”.*

Thoreau escribió su ensayo *Acerca del deber de la desobediencia civil* en una época muy agitada. Fué poco después de la guerra con México (1846-48), que fué impopular en todo el país, y ha sido considerada por todos los liberales sinceros como un simple robo. La guerra tuvo un origen más que dudoso. Mientras el gobierno mexicano insistió siempre en que tropas americanas habían emprendido una invasión a su país, que le había obligado a la resistencia armada, en el mensaje del presidente de los Estados Unidos se afirmó que el primer derramamiento de sangre en *nuestro propio territorio* fué causado por el ataque de los mexicanos. Frente a esto declaró el general Grant posteriormente en sus recuerdos (*Personal Memories of U. S. Grant*), que las tropas americanas fueron enviadas a la frontera *para provocar una lucha*; y Abraham Lincoln presentó al Congreso las llamadas *spot resolutions* (resoluciones acerca del lugar), en

las que se pidió al gobierno que señalase exactamente el lugar en que tuvieron lugar los primeros encuentros hostiles, y *si éstos habían sido o no provocados por un cuerpo de americanos armados enviados allí por orden de nuestro gobierno.*

Se añadieron a ésto las constantes persecuciones contra los *abolicionistas*, partidarios de la abolición de la esclavitud de los negros, en favor de cuya causa se había manifestado Thoreau en forma absoluta. Todo ésto lo llevó a la persuasión de que los problemas de la conciencia y de la convicción interior no deben ser confiados a una mayoría, sino que solo pueden ser resueltos mediante la acción viril contra la injusticia manifiesta. En ese concepto dió el mismo un ejemplo, al negar al Estado de Massachusetts un impuesto injusto y al preferir la prisión antes que renunciar voluntariamente a su derecho. Thoreau no era el hombre que pudiera transigir con cosas de cuya injusticia estaba convencido. Las verdades desagradables que dijo a sus contemporáneos a causa de su tibieza moral, no tienen hoy una validez mayor que entonces.

*“Prácticamente hablando, los opositores de una reforma en Massachusetts no son un centenar de millares de políticos del sur, sino un centenar de millares de comerciantes y agricultores de aquí, más interesados en el comercio y en la agricultura que en la humanidad, y que no están preparados*

*para hacer justicia a los esclavos y a México, cueste lo que cueste. . . Hay millares y millares que son opuestos en opinión a la esclavitud y a la guerra, y que, sin embargo, no hacen nada para ponerles fin; que, juzgándose hijos de Washington y de Franklin, quedan sentados con las manos en el bolsillo, dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; que incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del comercio libre, y leen tranquilamente la lista de precios con las últimas noticias de México después de comer y, puede ocurrir, quedan dormidos sobre ambas. . . Esperan bien dispuestos que otros remedien el mal, que ellos no saben ya más que deplorar; a lo sumo dan solo un voto barato, una débil aprobación y un ¡Dios ayude! al derecho. Hay novecientos noventa y nueve modelos de virtud por un hombre virtuoso. Pero es más fácil tratar con el posesor real de una cosa que con su guardián temporal. Toda votación es una especie de juego, con un ligero tinte moral, un juego con verdad y error, con cuestiones morales; y las apuestas le acompañan naturalmente. El carácter de los votantes no es apuntalado. Yo voto, por ejemplo, por lo que me parece justo; pero no estoy vitalmente ligado a aquel derecho que debe prevalecer. Lo dejo de buena gana en manos de la mayoría. Su obligación, por consiguiente, nunca excede de lo conveniente. Votar por el derecho no es hacer nada por él. Es expresar solamente a los hombres*

*débilmente vuestro deseo de que prevalezca. Un hombre prudente no dejará el derecho a merced del azar, ni deseará que triunfe a través de la fuerza de la mayoría. Hay muy poca virtud en la acción de las masas, de los hombres. Si la mayoría ha de votar a la larga por la abolición de la esclavitud, será porque es indiferente a la esclavitud, o porque ha quedado muy poca esclavitud para ser abolida por su voto. Ella será entonces el único esclavo. Solo puede acelerar la abolición de la esclavitud su voto si afirma con él la propia libertad”.*

Cuando Thoreau ensalzó tan firmemente la personalidad de John Brown, a lo que debemos los maravillosos artículos *Una defensa del capitán Brown* y *Los últimos días de John Brown*, lo hizo porque encontró en él un hombre que apreciaba la voz de la conciencia más que las regulaciones escritas de hombres cuyos cuerpos cubría la tierra desde mucho atrás. La lucha por el derecho, que le salía del alma, era para él superior a la obediencia a las leyes, que solo amenazan los cuerpos. El deber de los hombres para consigo mismos era, para él, una medida moral muy superior a la del deber de los hombres para con los gobiernos. De ahí su exhortación a los abolicionistas de Massachusetts, para que negasen a un gobierno que consideraba la esclavitud como institución jurídica, los medios para mantener esa institución de la inhumanidad. No es bastante tener una opinión, hay que tener también el valor para defenderla.

“¿Cómo puede un hombre estar satisfecho de mantener una opinión simplemente para disfrutar de ella? ¿Hay una satisfacción en saber que se es oprimido? La acción de acuerdo a principios, la perfección y la ejecución del derecho cambia las cosas y las relaciones; es esencialmente revolucionaria y no coincide concretamente con nada de lo que existe. No solo divide los Estados y las Iglesias, sino también las familias. ¡Ay! divide al individuo, separando lo que hay en él de diabólico de lo divino. Existen leyes injustas: ¿Debemos contentarnos con obedecerlas o hemos de tratar de enmendarlas, y obedecerlas hasta que lo hayamos logrado, o debemos transgredirlas simplemente? Los hombres, generalmente, bajo un gobierno como éste, piensan que deben esperar hasta que hayan persuadido a la mayoría. Piensan que si han de resistir, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero es culpa del gobierno mismo el hecho de que el remedio sea peor que el mal. El es el que lo hace peor. ¿Por qué no es capaz de anticipar y proveer a la reforma? ¿Por qué no protege su amplia minoría? ¿Por qué clama y resiste antes de ser lesionado? ¿Por qué no estimula a sus ciudadanos a quedar alerta para señalar sus faltas y para hacer mejor de lo que él mismo haría? ¿Por qué ha crucificado siempre a Cristo y excomulgado a Copérnico y a Lutero, y llamado rebeldes a Washington y a Franklin?

De todos los representantes intelectuales del liberalismo americano, fué Thoreau quizá el más profundo y el más consecuente. Su llamado *individualismo* no fué el resultado de una actitud negativa frente a la sociedad, sino el puente natural del hombre hacia el hombre. "Amo a la especie humana, dijo, pero odio las instituciones de la muerte antinatural. Nada se ejecuta tan fielmente como la voluntad de los muertos, hasta el último párrafo y la última letra. Ellos gobiernan este mundo y los vivientes no son más que sus albaceas".

## GARRISON, PHILLIPS, LINCOLN

**W**ILLIAM LLOYD GARRISON, el combativo editor de *The Liberator*, no solo fué el más importante y por consiguiente el más odiado adversario de la esclavitud de los negros, en este país, sino que fué al mismo tiempo uno de los propulsores más decididos de una humanidad libre, a lo que sacrificó toda su vida, tan rica en persecuciones. Toda la carrera de Garrison es significativa del carácter del hombre. Le ocurrió a él lo que a la señora Alving en los *Espectros* de Ibsen, cuando se dispuso a probar la trama del pensamiento de su maestro. Quiso probarla en un solo nudo, pero cuando lo desató, se deshizo el tejido entero y vió que solo había una trama mecánica. Garrison no se distinguió al principio en sus opiniones de las interpre-

taciones del americano del término medio, hasta que su relación con el cuáquero Benjamín Lundig llevó su atención sobre la esclavitud de los negros. Garrison era un verdadero carácter; en él iban el pensamiento y la acción siempre a mano. Quiso contribuir a liberar al país de la *vergüenza negra*, pero este trabajo le situó pronto ante una cantidad de nuevos problemas en los que no había pensado antes. Estaba tan firmemente convencido de la justicia interior de su causa, que creía que no necesitaba más que las palabras vivientes para llevar a los hombres al reconocimiento de la injusticia. Pero la dura realidad debía mostrarle pronto que el asunto no era tan sencillo como se había imaginado. No solo se opusieron a su propaganda, con toda su presión, los jefes de la Iglesia y del gobierno, sino también la indiferencia y no raramente la hostilidad declarada de las grandes masas. "En New England —escribió con cierto sentido amargo— encontré desprecio más crudo, oposición más activa, denigración más implacable, prejuicio más tenaz y apatía más incommovible que entre los mismos dueños de esclavos".

Cuando conoció por primera vez la prisión en Baltimore, en 1830, por haber sacado a la vergüenza pública a un conocido mercader de esclavos, reconoció que la libertad de palabra garantizada por la Constitución no era una garantía para la difusión de aspiraciones impopulares. Pero esa experiencia no suavizó su juicio; solamente le llevó a la persuasión de que

“de todas las injusticias, la mayor es la que se comete en nombre de la ley; y de todas las tiranías, la aplicación de la letra de la ley contra la equidad es la más insoportable”. Garrison no era hombre que abandonase voluntariamente su derecho. Quería hablar a la conciencia de sus contemporáneos, y estaba decidido a hacerse oír. Así escribió en el primer número de *The Liberator* (1º de enero de 1831):

*“Yo sé que muchos objetarán la severidad de mi lenguaje; pero ¿es que no hay razón para la severidad? Quiero ser duro como la verdad, e inflexible como la justicia. Acerca de este asunto no deseo pensar, hablar o escribir con moderación. ¡No! ¡No! Decid a un hombre cuya casa está en llamas que dé una alarma moderada; decidle que recupere moderadamente a su mujer de manos del raptor; decid a la madre que saque a su hijo gradualmente del fuego en que ha caído —pero no me pidáis que emplee moderación en una causa como la presente. Estoy firmemente decidido— no quiero equívocos, no quiero excusas, no quiero ceder una pulgada, y quiero ser oído. La apatía del pueblo es tal como para hacer que una estatua baje de su pedestal”.*

Se ha llamado a Garrison un fanático del derecho, pero esto se puede decir finalmente de cualquiera que tome en serio sus convicciones y no quiera negociar con asuntos de conciencia. Odiaba el fetichismo inerte de las leyes, que encierra y modifica todo pen-

samiento viviente en la jaula de los conceptos rígidos, de tal manera que no vuelve a ser capaz de un sentimiento propio. En esto pensaba en la misma forma que Thoreau. Lo mismo que éste; no condenó la Constitución por principio, como le han reprochado a menudo sus adversarios, sino que combatió la creencia muerta en la letra, que priva de alma a la palabra viviente y la reduce a la función de un fonógrafo. Solo en este sentido puede ser comprendida esta frase: "Cuando miro a estos abigarrados millares de seres humanos, y les veo pisotear su conciencia y los derechos de su prójimo por mandato de un trozo de pergamino, no puedo menos de maldecir la Constitución de los Estados Unidos".

Se puede comprender que un hombre tan odiado y perseguido por sus adversarios y hasta amenazado de muerte, no siempre fuese selecto en sus palabras. Pero nadie puede reprocharle que haya querido ejercer violencia sobre otros en nombre de un principio o que desease la victoria a sus convicciones por obra de la fuerza.

*"Creo en el espíritu de la paz y creo, única y absolutamente, en la verdad y en su aplicación a los corazones y conciencias del pueblo. No creo que las armas de la libertad hayan sido alguna vez, o puedan serlo, las armas del despotismo. Yo sé que las del despotismo son la espada, el revólver, el cañón, la bomba; por consiguiente las armas que los tira-*

*nos hacen sonar, y de las cuales dependen, no son las armas mías, las armas de un amigo de la libertad... Quizás corra sangre — Dios lo sabe, yo no; pero no correrá por un consejo mío. Por mucho que detesto la opresión ejercida por el esclavista del sur, éste es, sin embargo, un hombre sagrado para mí. Es un hombre, no para ser aplastado por mi mano ni con mi consentimiento. Es un hombre que pisotea grave e infamemente los derechos de su prójimo; pero lo que debo hacer con él es señalar su pecado, llamarle al arrepentimiento, no dejarle excusas para su tiranía”.*

Garrison, que era, como Tolstoi, un ser profundamente religioso a causa de su naturaleza, llegó justamente por sus convicciones cristianas al rechazo de toda coacción política. Declaraba como Tolstoi que la voz de la conciencia era la voz de Dios, a la que se debe obedecer más que a las prescripciones de los gobiernos, tocadas siempre por la mácula de la imperfección, y que por consiguiente no pueden dar al hombre normas determinadas para su conducta. El derecho del Estado, ligado siempre a la época y a las circunstancias, no puede suplantar en el hombre la *voz interior*, la única capaz de decidir sobre derecho e injusticia.

Junto con sus amigos Henry C. Wright, Anasa Walker, Edmund Quincy y María Chapman, a los que se adhirió más tarde también Adin Ballou, fundó

en 1837 la *New England Non-resistance Society*, que declaró inconciliable con las doctrinas del cristianismo puro el principio de la tutela política, base de todo gubernamentalismo. De ahí su lema: "Nadie gobernará sobre mí, con mi consentimiento. Yo no quiero gobernar a nadie". O bien, según palabras de Henry C. Wright:

*"Los poderes que se han atribuido todos los gobiernos son esenciales para su existencia y acción, pero se ha probado que son injustos; y las prácticas de tales gobiernos, sin las cuales no pueden existir, han sido probadas como enemigas del espíritu y de los mandamientos positivos de la cristiandad. Por consiguiente el gobierno humano es una iniquidad en sí"*.

Lo mismo que Proudhon, así vió Garrison en la libertad del semejante, no los límites, sino la confirmación de la propia libertad. "Esclavizad la libertad de un solo ser humano, y las libertades del mundo serán puestas en peligro". Se puede reprocharle que no haya sido siempre consecuente en la aplicación práctica de estos principios, pero nunca que haya chocado contra ellos conscientemente. Fué una naturaleza combatiente en el más perfecto sentido de la palabra, y su rudeza no fué más que el resultado de su conciencia jurídica y de su impulso indomable hacia la libertad, que no negó nunca, y que hizo de

él uno de los caracteres sobresalientes del liberalismo americano.

Wendell Phillips, que fué, junto con Garrison, uno de los adversarios más encarnizados de la esclavitud de los negros, y uno de los oradores más grandes que ha producido América, fué uno de los defensores más enérgicos de la libertad de pensamiento y no desperdició ninguna ocasión para combatir la violencia, el tutelaje y la pereza de pensamiento. Phillips, que sostenía que el punto de partida del Estado era en todas partes "la usurpación de unos pocos para la opresión de todos", vió en los derechos y libertades existentes solamente fragmentos de la verdadera libertad, que no ha sido regalada a los hombres por la gracia de los gobiernos, sino que ha sido conquistada por los pueblos contra la voluntad de los gobiernos.

*"Todo paso progresivo ha sido dado por el mundo de cadalso en cadalso y de martirio en martirio. No sería ninguna exageración decir que todas las grandes verdades relativas a la sociedad y al gobierno han sido primeramente escuchadas en las protestas solemnes del patriotismo martirizado, o fueron clamores ruidosos del trabajo aplastado y oprimido. La ley ha sido siempre injusta. El gobierno comenzó con la tiranía y la fuerza, comenzó con el feudalismo del guerrero y la hipocresía del sacerdote; y las ideas de justicia y humanidad han*

*estado combatiendo por su camino, como una tormenta de truenos, contra el egoísmo organizado de la naturaleza humana”.*

Phillips sabía exactamente que las ideas que hoy son perseguidas suelen servir ya en la próxima generación de fundamento de la opinión pública; por eso le pareció toda coacción política y toda intolerancia de las masas ignorantes y fanatizadas el mayor obstáculo para aquel nuevo desenvolvimiento. “Nada fuera de la libertad, la justicia y la verdad, es un beneficio permanente para la humanidad. Hacia esa sociedad, abandonada a sí misma, tiendo siempre”. Pero este impulso natural hacia nuevas perspectivas de la vida es obstruído siempre y encadenado por la tutela de gobiernos miopes y el respeto esclavo ante las viejas formas de la vida, lo que conduce inevitablemente al hecho que hasta las conquistas que nos han dejado como herencia las anteriores generaciones, caen constantemente en peligro y son amenazadas por las potencias del pasado.

*“Hung Fung era un filósofo chino de casi cien años de edad. El emperador le dijo una vez: “Hung, noventa años de estudio y de observación han tenido que hacerte sabio. Dime, Hung, ¿cuál es el gran peligro del gobierno?” “Bien —respondió Hung—, es el de la rata en la estatua”. “¿La rata en la estatua! —repitió el emperador— ¿qué quieres decir?”. Replicó Hung: Sabéis que construimos estatuas a*

*la memoria de nuestros antepasados. Esas estatuas son hechas de madera, están huecas y son pintadas. Ahora bien, si una rata entra en una de ellas, no la podéis echar fuera con humo, porque se trata de la imagen de vuestro padre; no podéis sumergirla en el agua, porque haríais desaparecer la pintura. Por tanto la rata está segura, pues la imagen es sagrada”.*

Lo mismo que Garrison, fué también Phillips una auténtica naturaleza combativa, y no vaciló nunca en expresar públicamente sus sentimientos, aun cuando, como en aquellos años agitados de la lucha contra la esclavitud negra, tuvo que arriesgar a menudo la vida y la seguridad de su persona. Nada le era tan odioso como tolerar tranquilamente la injusticia manifiesta y dejar para el futuro las mejoras que son un mandamiento de la hora. “El maná de la libertad debe ser recogido todos los días, pues de lo contrario se echa a perder”. Las concesiones en materia de conciencia eran para él un suicidio moral y un abandono del carácter. Como Thoreau, sostuvo también el punto de vista que la resistencia contra la iniquidad perpetrada es el primero de todos los deberes, aun cuando esa iniquidad sea protegida por el gobierno y sancionada por las leyes.

*“La historia, desde los tiempos de los primeros cristianos, está llena de ejemplos de hombres que se negaron a toda relación con gobiernos y a*

*todas las influencias que el cargo podía proporcionarles, antes que renegar de sus principios o ayudar a la injusticia. Tomás Moro no habría tenido que subir al cadalso, si hubiera consentido solo en tomar el juramento de la supremacía. Solo habría tenido que decir una mentira con solemnidad, como se nos exige generalmente, y no solo habría salvado su vida, sino que, como las veletas de su tiempo le habían dicho, habría doblado su influencia. Pitt renunció a su puesto de primer ministro de Inglaterra antes que romper su palabra a los católicos de Irlanda. ¿No debo renunciar yo a una papeleta de sufragio antes que romper la palabra dada a los esclavos?"*

A los tibios, que en principio estaban de acuerdo con él y consideraban una injusticia la esclavitud de los negros, pero que sostenían que había que reconocer la Constitución, aun cuando en ella era aprobada la esclavitud, hasta que fuese posible un cambio por vía legal, les respondió Phillips:

*"Es necesario jurar el apoyo a lo que existe. Lo que puede llegar a ser no lo sabemos. Hablamos de ello tal como existe y lo repudiamos tal como es. No lo estigmatizaremos como partidarios de la esclavitud después de haber cesado de serlo. Esta objeción a nuestro punto de vista me recuerda la historia de Miss Martineau, de aquel muchacho que se lastimó y se sentó gritando en la acera. "No*

*grites —le dijo un amigo—, mañana no te lastimarás”. “Bien —sollozó el niño—, entonces no lloraré mañana”.*

Phillips, que veía en la libre decisión de los hombres la primera condición de todo desarrollo espiritual, no creía, naturalmente, en la influencia benéfica del gobierno sobre la conciencia moral de sus ciudadanos. “Espero poco de la influencia directa de los gobiernos. Creo más bien con Guizot que es una gran ilusión la fe en el poder soberano de un mecanismo político. Al oír hablar a ciertas gentes del gobierno, se creería que el Congreso es como la ley de la gravitación y que mantiene los planetas en su órbita”.

Por esta razón no podía hacerse a la idea de confiar a los gobiernos la dirección de un problema tan importante como la abolición de la esclavitud. La posición de muchos representantes gubernativos de aquella época no era seguramente adecuada para hacer vacilar su opinión en este aspecto. Así, por ejemplo, el gobernador McDuffie, de South Carolina, dijo que la esclavitud, “en lugar de ser un mal político, es la piedra angular de nuestro edificio republicano”.

Para él, la libertad no era un resultado de las regulaciones políticas establecidas, sino una conquista de la conciencia ética del hombre. No la que imponemos a otros, sino la que surge de la conciencia más íntima, es la libertad conquistada para siempre.

Pero para ello la expresión de la opinión libre es la primera condición, pues un derecho que no se otorga al prójimo, no puede nunca llegar a ser nuestro propio derecho.

*“Permitidnos creer que el conjunto de la verdad no puede dañar nunca al conjunto de la virtud; y recordemos que, a fin de alcanzar la verdad entera, teneis que permitir a todo ser humano, con razón o sin ella, hacer uso libremente de su conciencia y protegerle en ello. Entera libertad inquebrantable para la vida de todo ser humano, no importa cuál sea su doctrina — salvaguardia de la discusión libre, no importa la amplitud de su alcance. La comunidad que no se atreve a proteger a sus miembros más humildes y más odiados en el libre curso de sus opiniones, sin importarles que sean falsas u odiosas, no es más que una cadena de esclavos”.*

Phillips fué, por lo demás, uno de los primeros liberales de este país que vieron claramente la funesta significación del monopolismo económico para la formación futura de sus instituciones democráticas y republicanas. Especialmente después de la terminación de la guerra civil, su atención fué atraída cada vez más hacia ese problema. Vió la influencia creciente de las corporaciones comerciales e industriales y llegó a la conclusión de que, “el gran problema del futuro es el del dinero contra la legislación”. Y sabía que en esa lucha sería necesaria más paciencia

y más valor que en la lucha contra la esclavitud de los negros. Si la próxima generación no es capaz de contribuir con ese valor y esa paciencia, "entonces las instituciones republicanas sucumbirán ante las corporaciones ricas. Los hombres ricos mueren, pero los Bancos son inmortales, y las corporaciones ferroviarias no sufren enfermedad alguna". Esta es la lucha que constituirá el contenido del próximo futuro.

*"Nuestros padres, cuando prohibieron el legado y establecieron la distribución de las propiedades, pensaron que habían erigido una barrera contra el poder financiero que gobernaba a Inglaterra. Olvidaron que el dinero podría hallar combinaciones; que una corporación financiera es, como el papado, una sucesión de personas con una unidad de propósitos. Ahora bien, lo mismo que la tierra de Inglaterra, en manos de treinta mil familias terratenientes, ha gobernado el país durante seiscientos años, así se proponen gobernar las corporaciones de América; y a menos que sea hallado un poder más radical que el de la política ordinaria, gobernarán inevitablemente. La supervivencia de las instituciones americanas depende aquí de una resistencia eficaz contra esta tendencia. La sola esperanza de una lucha efectiva contra el peligro está en el levantamiento de las masas, cuyos intereses tienden permanentemente a la dirección opuesta".*

En este sentido saludó Phillips las aspiraciones

de la *primera Internacional* y se dedicó con todo celo a la organización de la clase trabajadora, pues “solo por la agitación ininterumpida puede un pueblo ser conservado suficientemente despierto para que no deje sucumbir la libertad en la prosperidad material”. Fueron estos pensamientos los que sostuvo en septiembre de 1870 en la *Labor-Reform Convention* de Worcester, Mass.

*“Ninguna reforma, moral o intelectual, llegó nunca de las clases superiores de la sociedad. Todas y cada una procedieron de la protesta de los mártires y de las víctimas. La emancipación del pueblo trabajador tiene que ser llevada a cabo por el pueblo trabajador mismo. Afirmamos, como un principio fundamental, que el trabajo, el creador de la riqueza, tiene derecho a todo lo que produce. Al afirmar ésto, nos confesamos nosotros mismos dispuestos a aceptar los resultados finales de la puesta en práctica de un principio tan radical —tales como el derrocamiento de todo el sistema de especulación, la extinción de todo el monopolio, la abolición de las clases privilegiadas, la educación y la fraternidad universales, la perfecta libertad de intercambio, y la mejor y la más grande de todas, la supresión final de ese estigma absurdo sobre nuestra llamada civilización cristiana— la pobreza de las grandes masas. . . Esto quiere decir que declaramos la guerra al sistema de salarios, que desmoraliza la*

*vida del patrón y del obrero, engañados ambos, y esclaviza al trabajador; la guerra al presente sistema de finanzas, que roba al trabajo y alimenta hasta la saciedad al capital, que hace más rico al rico y más pobre al pobre, y convierte la república en una aristocracia del capital”.*

De todas las personalidades conocidas de la historia americana, Abraham Lincoln ha dejado quizás en el pueblo las impresiones más profundas, que han tejido su nombre con el mito. Es difícil decidir en qué grado es responsable de esa leyenda su propio sentido humano o el éxito de la tarea ante la cual le había puesto la historia. Lincoln no era un carácter simple cuyo desarrollo natural se pueda abarcar fácilmente. El mismo era una especie de místico, en quien luchaban siempre por el predominio la conciencia puritana y el impulso directo del corazón; tal vez él mismo no era consciente de todas las fuerzas que obraban en su personalidad, y que le habían dejado la herencia y la tradición. Su grandeza humana tenía un rasgo inconfundiblemente trágico, que no es posible borrar nunca en él. Incluso las incontables ocurrencias chisotosas que se le atribuyen, y que en parte ha tejido la leyenda, quizás fueron desfiguraciones grotescas de su soledad interior.

El papel de Lincoln en la época de la guerra civil es todavía hoy muy discutido y lo será probablemente siempre, pues no se puede resolver de

ningún modo desde un punto de vista estatal y legal, sino que ha de ser juzgado en una gran medida también desde el punto de vista de sus consecuencias políticas, incluso si no se pone la esclavitud de los negros directamente en el centro de los acontecimientos históricos. Existen numerosas pruebas de que quería evitar la guerra a toda costa, y hay otras pruebas numerosas de que las circunstancias se habían agudizado en el curso del tiempo de tal modo que la catástrofe no podía ser evitada ya por la voluntad de algunos individuos.

Si Lincoln no hubiese muerto asesinado después de la victoria de los Estados del Norte, si hubiera tenido ocasión de curar a su modo las heridas que había abierto la guerra en el país, o al menos si hubiera tenido ocasión de contribuir a esa curación por su influencia personal, tendríamos hoy, sin duda, un cuadro más completo del hombre y de su obra. Lincoln no es responsable de la ciega política de vencedores de los hombres del Norte después de la guerra. No estaba en la dirección de sus condiciones políticas y contradecía todo lo que había enseñado y defendido durante su vida laboriosa.

Toda la interpretación política de Lincoln giraba en torno a la *Declaración of Independence*. "No he tenido nunca un sentimiento político que no surgiera de los sentimientos encarnados en la Declaración de la Independencia. El gran principio de la Declaración fué aquel sentimiento que daba libertad, no solo al

pueblo de este país, sino, según espero, a todo el mundo en un tiempo futuro". Creía en determinados derechos inalienables, innatos en el hombre, y que ninguna coacción exterior puede suprimir a la larga. "Los autores de la Declaración de la Independencia quisieron que fuese un obstáculo para los que, en épocas posteriores, intentasen volver a un pueblo libre hacia las sendas del despotismo". Cómo se imaginaba este derecho, lo resumió en su famoso debate con Stephen A. Douglas (1858), en palabras que recuerdan a los profetas del Viejo Testamento por la forma de expresión:

*"Esta es la solución real que continuará existiendo en este país cuando la pobre lengua del juez Douglas y la mía queden en silencio. Es la lucha eterna entre dos principios, el derecho y la iniquidad, a través del mundo. Son los dos principios que han estado frente a frente desde el comienzo de los tiempos. Uno es el derecho común de la humanidad, el otro es el derecho divino de los reyes. Es el mismo principio en cualquiera que sea la forma que se desarrolle. Es el mismo espíritu el que dice: trabaja y gana el pan, y yo lo comeré".*

Por eso no quería confiar a los gobiernos los derechos del pueblo, pues él sabía que sus representantes están siempre expuestos a las seducciones de los intereses particulares.

*"Si hay algo que está en el deber del pueblo*

*entero no confiar nunca en otras manos que las propias, es la conservación y perpetuación de sus propias libertades e instituciones”.*

*“Temo que no comprendáis completamente el peligro de reducir las libertades del pueblo. Un gobierno debe preferir la tolerancia verdaderamente extrema antes que llegar a una interferencia o antes que lesionar en algún grado los derechos comunes del ciudadano”.*

Lincoln no tenía una opinión particularmente elevada de los políticos de profesión. “Los políticos son una clase de hombres que tienen intereses al margen de los intereses del pueblo y que están, la mayoría de ellos, tomados en conjunto, distanciados un largo trecho al menos de los hombres honestos”.

Se puede, por consiguiente, comprender que no quisiera confiarles conquistas cuya conservación y persistencia sólo están aseguradas mientras tienen un eco viviente en la conciencia del pueblo, lo que hace a éste capaz de defender por sí mismo sus derechos. “Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Cuando esté cansado el pueblo del gobierno existente, puede hacer uso de su derecho constitucional para mejorarlo, o de su derecho revolucionario para restringir sus atribuciones o derribarlo”.

Lo mismo que Phillips, reconoció también Lincoln el peligro de la superioridad económica de de-

terminadas clases para las instituciones democráticas de un país, especialmente cuando los representantes de esas clases se agrupan y valoran sus intereses particulares por encima de los intereses del pueblo. Se le ha reprochado a menudo que se ha ocupado en general muy poco de los asuntos económicos, y esto puede ser exacto en sus grandes líneas. Pero esto no solo puede aplicarse a Lincoln, sino también a la mayor parte de los representantes de la democracia política y del liberalismo; pero que había comprendido con fino instinto los peligros de la dependencia económica para el próspero desarrollo de la comunidad, al respecto hablan manifestaciones diversas que no dejan nada que desear en cuanto a claridad.

*“No se necesita, ni es conveniente aquí, una augumentación general en favor de las instituciones populares, pero hay un punto, no tan agotado con sus vinculaciones, como muchos otros, hacia el cual pido un poco de atención. Es el esfuerzo para poner el capital en un pie de igualdad con el trabajo, sino por encima, en la estructura del gobierno. Se pretende que el trabajo solo es útil en relación con el capital; que nadie trabaja a menos que algún otro, en posesión de capital, o en condiciones de emplearlo, le induzca a trabajar. Supuesto esto, se discute luego si es mejor que el capital pueda alquilar trabajadores e inducirles a trabajar por su propia voluntad, o comprarlos y llevarlos a trabajar sin*

*su consentimiento. Habiendo ido tan lejos, se ha llegado naturalmente a la conclusión que todos los trabajadores son trabajadores alquilados o bien lo que llamamos esclavos. Ahora bien, no existe la relación que se ha supuesto entre capital y trabajo... El trabajo es anterior e independiente del capital. El capital es solo el fruto del trabajo, no habría podido existir nunca si no hubiese existido antes el trabajo. El trabajo es superior al capital y merece más alta consideración... Esos capitales obran por lo general armoniosamente y en concierto en la explotación del pueblo”.*

En otro pasaje se expresa Lincoln sobre el mismo tema todavía con más claridad:

*“Dado que la mayor parte de las cosas buenas son producidas por el trabajo, se deduce que todas esas cosas deben pertenecer a aquellos cuya labor las ha producido. Pero ocurrió en todas las edades del mundo que algunos han trabajado, y otros, sin trabajo, han disfrutado en amplia proporción de los frutos. Esto es injusto y no debe continuar. Asegurar a cada trabajador el producto íntegro de su tarea lo antes posible: he ahí una cuestión digna de todo gobierno”.*

El peligro de toda comunidad democrática fué siempre la *tiranía de la mayoría*, que se expresa más fuertemente cuanto más se debilita en un pueblo el



respeto ante la libre expresión de las opiniones, y cuando masas ignorantes pueden ser utilizadas fácilmente por demagogos ambiciosos o minorías privilegiadas para sus fines particulares. En un país como los Estados Unidos, que en su primer desarrollo natural dependió por completo de la inmigración de toda las capas populares posibles de Europa, ese peligro era doblemente grande. Ya Alexis de Tocqueville había señalado con toda agudeza este hecho en su libro sobre la democracia americana, y la historia ha probado que no se equivocó.

Fué por consiguiente un mérito inolvidable del liberalismo americano que sus grandes representantes no hayan descuidado ocasión alguna para fomentar el principio de la libertad personal en el pueblo para hacer de la independencia ilimitada del pensamiento el punto de partida de todas sus aspiraciones. En este breve estudio no hemos podido mencionar más que algunos de sus representantes más distinguidos, pero sus puntos de vista son típicos de toda esa tendencia. Las manifestaciones mencionadas podrían ser fácilmente completadas con escritos de Walt Whitman, Ernest Crosby, Horace Traubel y numerosos más. Constituyen el contenido intelectual de las concepciones que han sido defendidas por las cabezas más notables de este país. En una época de credulidad autoritaria como la actual, esas aspiraciones reciben una significación tanto mayor cuanto que nos recuerdan siempre que la defensa de lo conquistado, y la vi-

sión de nuevos horizontes para nuestra vida espiritual y material tienen que partir de nosotros mismos y no pueden ser confiadas a los llamados *grandes hombres* de la historia. La frase de Franklin: "los que pueden abandonar la libertad esencial para obtener un poco de seguridad temporal, no merecen la libertad ni la seguridad", se aplica también hoy y no perderá en el futuro su significación. Solo la fe en la libertad hace que la existencia sea digna de ser vivida.